

**Ideas fuerza en el debate político
durante los años de la «Libertadora»,
1955 -1958**
María Estela Spinelli

María Estela Spinelli, es Investigadora del Instituto de Estudios Histórico-Sociales «Profesor Juan Carlos Grosso» (IEHS) de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, y Profesora de esa Universidad y de la Universidad Nacional de Mar del Plata.
Dirección: Pinto 348, (7000) Tandil. Tel-fax: 02293-445683.
E-mail: espin@fch.unicen.edu.ar

Este trabajo es parte de la investigación de tesis doctoral de la autora: *Los vencedores vencidos. Las alternativas políticas en el contexto de la autodenominada «Revolución Libertadora» (1955-1958)*, Córdoba, 1999 (inédita).

Resumen

El artículo analiza el clima de ideas dominante a través del debate político que se inició en la Argentina a la caída del peronismo, en setiembre de 1955, hasta la salida electoral de 1958.

Tratamos de explicar cómo, a pesar de la diversidad de enfoques sobre el pasado y el presente, en los distintos e incluso antagonísticos discursos políticos existieron una serie de ideas fuerza, que serían hegemónicas, en el sentido que al término dio Raymond Williams (1980), ya que fueron comunes y se ubicaron por encima de las diferentes formas en que los actores concibieron la realidad política.

Comienza con un relato de la circunstancia política del gobierno de los «libertadores» que sirve de contexto al debate, abordando seguidamente a través de la prensa y la literatura política el análisis de los distintos enfoques sobre los problemas económicos, políticos y sociales del país.

Los elementos comunes, valores y certezas generalizadas en el discurso político de la época, permiten detectar como valores dominantes en ese clima de ideas el *anti-imperialismo* y el *estatismo*.

Summary

The article analyses the ideological climate in which took place the political debate in Argentina between the fall of President Perón in 1955 and the electoral process of 1958.

It attempts to show how, in spite of the contrasting conceptions about the past and the present in the different and even antagonistic political discourses, a common set of ideas may be identified. This may be called «hegemonic» in the sense that Raymond Williams (1980) gave to the term, given the fact that they were shared by many actors, and were placed above the different ways in which they conceived political reality.

The article begins by describing the political circumstances of the «libertadores» government, which serves as a background for the debate. It subsequently studies through the political press the various diagnoses of the economic, political and social problems of the nation that were made by the governments and the political parties.

The common believes, values and certitudes that appeared in the political discourse of the time, allow as to signal out anti-imperialism and statism as dominating values in the ideological climate.

Introducción

El debate político que se inició en la Argentina luego de la caída del peronismo en 1955, mostró una diversidad de matices en torno al futuro del país y a la condena más o menos explícita que la consideración de las circunstancias dictó sobre el «régimen depuesto». También reveló una serie de acuerdos básicos que permiten descubrir un conjunto de valores políticos preponderantes, muy ajenos, por cierto, a la tradición liberal, con la que en años posteriores se identificó al período de la autodenominada «Revolución Libertadora».

La caracterización de «restauración liberal», predominante en nuestra historiografía durante tantos años, vio la lucha política centrada en la pugna ideológica entre liberales y nacionalistas, o fascistas y antifascistas, lo cual condujo a un esquema simplificado del proceso, tanto desde el ángulo político como del ideológico.¹

El objetivo de este trabajo es analizar algunos elementos comunes del discurso político de los distintos partidos y de los medios generadores de opinión, insertándolos en un «clima» ideológico-político más amplio –que se asemeje a la noción de «constelación conceptual» collingwoodiana– de los valores políticos. Trataremos de explicar cómo, a pesar de la diversidad de los enfoques sobre el pasado y el presente, en los distintos e incluso antagónicos discursos políticos existieron una serie de ideas fuerza, que serían hegemónicas, en el sentido que al término dio Raymond Williams (1980), ya que fueron comunes y se ubicaron por encima de las diferentes formas en que los actores concibieron la realidad política.

De estos valores y certezas generalizadas que caracterizaron la segunda mitad de los años '50 (aunque su génesis es anterior) y que luego se proyectaron con particular intensidad en la cultura política argentina hasta los tempranos '70, se destacan el anti-imperialismo y el estatismo. De ellos participaron los dos partidos mayoritarios, una significativa parte de la izquierda y de la derecha, jugando a su vez un rol central en el intenso fenómeno de politización que se dio a partir de los años '60.²

El texto se inicia con una caracterización de la situación política a la caída del peronismo, los particulares objetivos de democratización y desperonización del gobierno de facto, y los escollos que luego debió sortear hasta la salida electoral de febrero de 1958. Luego nos detenemos en el análisis del fenómeno

¹ Uno de los primeros trabajos que, ocupado en una cuestión muy puntual como las políticas salariales, advirtió sobre la rigidez de esa caracterización fue el de Marcelo Cavarozzi (1984).

² Sobre este tema la mayor parte de los trabajos disponibles desde la perspectiva analítica de la Historia de las ideas y de la cultura política, se centró en el estudio de la intelectualidad de izquierda

y de los medios académicos que se expresaron en publicaciones como *Centro*, *Contorno*, *Cuadernos de Cultura*, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*. Véanse: Oscar Terán (1986) (1991), Silvia Sigal (1991), Federico Neiburg (1998), Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo (1999).

de florecimiento político-cultural a que dio lugar el debate, en el que se hallaba inmersa la sociedad dividida, donde empezó a emerger con fuerza la «ilusión» del frondismo. Revisamos el periodismo y otras manifestaciones intelectuales, tales como la historiografía y el ensayo político. Finalmente, indagamos en la presencia de las ideas comunes que trascendieron los marcos político-partidarios, a través del análisis de las posiciones asumidas por los partidos frente a los problemas más urgentes del período, el petróleo, las compañías extranjeras de electricidad y la educación.

La caída del peronismo y después...

Si bien el peronismo continuó pendiendo como la espada de Damocles sobre la política argentina hasta su retorno en 1973, ello no significó el abandono de la ilusión de muchos antiperonistas de construir un partido de masas que llevara adelante el ambicioso proyecto de transformación social, consolidación del sistema político y emancipación nacional que lo superara definitivamente. La historia política de estos años fue en parte la primera etapa del ensayo de esa construcción.

En setiembre de 1955, luego de la cruenta lucha iniciada en junio por la Marina –que había dejado cientos de muertos y heridos–, triunfó finalmente en Córdoba la sublevación contra el Gobierno de Juan Domingo Perón. Los militares victoriosos, el general Eduardo Lonardi y el contralmirante Isaac Francisco Rojas, asumieron como Presidente y Vicepresidente del Gobierno Provisorio de la que se dio en llamar «Revolución Libertadora».

El gobierno, ovacionado por una imponente multitud antiperonista reunida en la Plaza de Mayo, contó con el consenso de la clase política argentina en su conjunto, excluido sólo el perplejo peronismo y un aliado menor, sin representación parlamentaria durante la vigencia del peronismo, el Partido Socialista de la Revolución Nacional.

Este primer gobierno provisorio no logró, sin embargo, consolidarse en el poder. Sectores militares y de los partidos antiperonistas pusieron en tela de juicio la presencia de algunos miembros del gabinete vinculados al nacionalismo y sus actitudes políticas hacia el peronismo. Acusados de pretender instaurar un gobierno paternalista –que vieron como un «peronismo sin Perón»– fueron desalojados. Sobrevino entonces la renuncia de la recién inaugurada Junta Consultiva Nacional presidida por Rojas,³ que denunció la existencia de un

³ La misma fue creada por decreto del Poder Ejecutivo Provisorio del 10 de noviembre de 1955 y la presidencia la ejerció el vicepresidente Rojas. Allí estuvieron representados igualmente los partidos políticos que tuvieron existencia legal a la caída del peronismo. Sus funciones fueron de asesoramiento al gobierno.

complot totalitario de corte nacionalista-fascista que se había encaramado en el gobierno y pretendía ahogar la vocación democrática del movimiento de setiembre, tolerando al peronismo y negociando con él. Lonardi debió resignar su lugar.⁴

La historiografía, siguiendo el discurso de los actores en pugna, caracterizó a esta etapa como la fase «nacionalista» de la Revolución Libertadora.⁵ Sin embargo, desde otro ángulo analítico, puede interpretarse que la división no pasó estrictamente por la cuestión ideológica que tan dramáticamente se exhibió, sino por el manejo político de coyuntura, concretamente: por la falta de acuerdo de cómo abordar la cuestión peronista, por un lado, y por el rol que les cabía a los partidos dentro del gobierno revolucionario, por el otro.

Bonifacio del Carril, testigo cercano del poder, analizó minuciosamente esta circunstancia, exponiendo ideas de Lonardi respecto al rol que debía cumplir el gobierno provisorio. A su criterio, debía ser neutral en el conflicto peronismo-antiperonismo. Por otra parte, el autor destaca la tendencia de los partidos políticos a ganar espacios dentro del gobierno y el temor del improvisado presidente a ser desbordado por éstos.⁶

El general Pedro Eugenio Aramburu era quien seguía en la línea sucesoria del poder como representante del Ejército. Ello había sido previsto considerando, se dijo, el precario estado de salud del general Lonardi, y aduciendo públicamente esta razón –que no dejaba de ser cierta– se hizo el traspaso del gobierno. El avance de los sectores más radicalizados del antiperonismo se consumó. Uno de los primeros decretos del nuevo gobierno, encabezado por Aramburu y el vicepresidente Rojas, fue la proscripción del partido peronista y la intervención de la CGT, con lo que se resignaba cualquier criterio de neutralidad, autoproclamándose antiperonista. Para ellos «democratizar» requería necesariamente desperonizar.

Para comprender las razones que hicieron posible esta fórmula debe recordarse que una de las concepciones dominantes sobre el peronismo en los partidos políticos que constituyeron su oposición inicial (radicales, demócratas, demócratas progresistas, demócratas cristianos, socialistas y comunistas) lo identificó con el nazi-fascismo.⁷ Mirando hacia la Europa de la posguerra ellos vieron que la restauración democrática había pasado por la depuración previa de los regímenes totalitarios. Si la Argentina había sufrido una experiencia similar,

⁴ Las alternativas de la renuncia de Lonardi pueden verse en Bonifacio del Carril (1959). Un interesante análisis en Santiago Senén González y Juan Carlos Torre (1969).

⁵ Sobre el período, Alain Rouquié (1967) y (1982), Isidro Odena (1983), Daniel Rodríguez Lamas (1985), Celia Szusterman (1998).

⁶ Esta imagen se corrobora en otros testimonios. Luis Ernesto Lonardi (1958), Juan Francisco Guevara (1963), Mario Amadeo (1956).

⁷ Véase nuestro trabajo sobre las imágenes del peronismo en los ensayos políticos antiperonistas, María Estela Spinelli (1997).

la transición a la democracia implicaba no sólo haber desalojado al peronismo y juzgado a los responsables de corrupción y abuso de poder, como lo había propuesto sin éxito Lonardi, sino erradicar de la cultura y del sentimiento popular todo vestigio de ese «pasado oprobioso». Esa era la tarea pedagógica que cabía al gobierno y a los partidos democráticos.

El gobierno de Aramburu y Rojas ordenó la tarea depuradora reclamada –que caótica y contradictoriamente había comenzado con el triunfo mismo de la «revolución»–, mediante la censura de prensa, la cesantía y prisión de dirigentes políticos, sindicalistas, empresarios y amigos del peronismo y la «restauración» de las instituciones,⁸ que expresaron como objetivo «desmantelar las estructuras totalitarias y desintegrar el Estado policial».

El peronismo acosado y expulsado de la legalidad, ensayó tácticas de sobrevivencia y desestabilización a través de la propaganda y el terrorismo.⁹ La violencia política siguió instalada en la sociedad argentina y alcanzó su punto más álgido en los sucesos de junio de 1956, cuando el fallido intento de golpe encabezado por el general Juan José Valle y el coronel Cogorno fue sofocado, y fusilados militares y civiles complotados.¹⁰ Esta medida, que poco después fue política y moralmente condenada, tuvo, en su momento, gran consenso entre los antiperonistas, dando lugar a expresiones de solidaridad con el gobierno por parte de los partidos políticos y a una gran manifestación que colmó nuevamente la Plaza de Mayo, festejando un nuevo triunfo sobre el peronismo y ovacionando al presidente y vicepresidente.¹¹

La participación de miembros de los partidos en la Junta Consultiva Nacional y en diversas dependencias del gobierno, y las medidas de reforma propuestas¹² como así también las políticas económicas y sociales que fueron sometidas a la consideración de éstos, condujeron a una gran revitalización de la actividad militante y del debate político. Esto, sumado a viejas rencillas que la cerrada oposición al peronismo había ocultado, trajo inevitables escisiones partidarias, la más notable y difundida de las cuales fue la de la Unión Cívica Radical.

⁸ Esta última se expresó fundamentalmente en la reinstauración simbólica de la Constitución de 1853, luego de la derogación de la Reforma de 1949. El programa de acción del gobierno de Aramburu fue difundido a comienzos de diciembre de 1955, a través de un documento conocido como «Principios Básicos». *La Nación*, 08/12/1955.

⁹ Esto pasó a formar parte dentro del folklore peronista como la primera etapa de la resistencia. Sobre el tema, además del ya clásico libro de Daniel James (1990) que centró su estudio del fenómeno entre los trabajadores, ver: Samuel Amaral (1993), Julio Melón Pirro (1993 y 1998).

¹⁰ Tanto las memorias del Almirante Rojas (1993), como otras fuentes del período, como el periódico *La Vanguardia* del Partido Socialista (de mayo de 1956) revelan que se conocían y controlaban los movimientos de los sediciosos, por lo cual el primero afirmó que los dejaron concretarlos para poder dar un «escarmiento ejemplar».

¹¹ *La Nación*, 11 y 12/06/1956. Dicha manifestación fue cubierta ampliamente por todos los diarios de la Capital.

¹² Un nuevo Estatuto de los Partidos Políticos y la convocatoria a la elección de constituyentes para la reforma de la Constitución de 1853 fueron temas centrales del debate.

En este contexto comenzó a tejerse la alianza de los sectores liderados por Arturo Frondizi (los que terminarían conformando la UCRI a fines de 1956) con otros grupos políticos y con el peronismo, en una creciente oposición al gobierno de facto. La elección de constituyentes de julio de 1957 fue la arena política, donde se ensayó tal acercamiento. Para entonces la división de la UCR ya se había consumado y la Unión Cívica Radical del Pueblo, liberada de interferencias opositoras, se asoció estrechamente al presidente Aramburu.¹³

El resultado de los comicios en la elección para la reforma de la Constitución –donde el gobierno, atendiendo al reclamo de los partidos minoritarios, puso en práctica el sistema de representación proporcional–, evidenció, en primer lugar, que el peronismo, aunque menguado en su caudal electoral respecto de las últimas elecciones que se habían realizado en 1954, constituía la primera minoría con el voto en blanco, siendo la segunda fuerza política la Unión Cívica Radical del Pueblo, y la tercera la Unión Cívica Radical Intransigente. Muy distantes seguían el Partido Demócrata Cristiano, el Partido Socialista, los demócratas (conservadores), demócratas progresistas, neoperonistas, Unión Federal (nacionalista), el Partido Cívico Independiente y el Partido Comunista. Estos resultados, a los que los contemporáneos llamaron «recuento globular», eran clave para el futuro inmediato pues sólo faltaban siete meses para la elección presidencial.

A todo esto el gobierno exhibió un gran desgaste. Las posiciones políticas del presidente Aramburu enfrentadas a la línea liberal conservadora –mucho más intransigente hacia el peronismo– de la Marina liderada por Rojas, pusieron de manifiesto diferencias insalvables.

La Convención Constituyente, finalmente, se reunió, y los representantes de la UCRI, tal como habían prometido en la campaña, se retiraron inmediatamente de las sesiones.¹⁴ Los debates clave se centraron en temas económico-sociales. En lo político, las reformas, consideradas vitales al comienzo de la «revolución», para entonces habían pasado a segundo plano en los intereses partidarios. Sólo se rehabilitó la cláusula que impedía la reelección inmediata del presidente y la Asamblea se fue agotando luego de sucesivos retiros de convencionales, hasta quedar finalmente sin quórum, sin prestigio ante la sociedad y con muy escasos logros.

El resultado electoral de la Constituyente y las accidentadas sesiones de la Asamblea reunida en Santa Fe que terminaron formando parte de la campaña electoral que se avecinaba, mostraron el fracaso de la política desperonizadora

¹³ En enero de 1957 dirigentes radicales de esa línea ingresaron al gabinete de Aramburu, cubriendo la totalidad del área política del mismo, Interior, Comunicaciones y Educación.

¹⁴ Los intransigentes se habían opuesto a la Reforma Constitu-

cional, pero militaron por la concurrencia activa al comicio para ganar la elección e impedir su realización con el retiro de sus convencionales.

en todas sus líneas. El peronismo, con sus tácticas combinadas de desestabilización y diálogo con la oposición al gobierno, fue ganando terreno en el campo donde mayor experiencia y representatividad tenía, el sindicalismo. Ello se hizo visible en el Congreso de la CGT de setiembre de 1957, donde las representaciones peronistas ganaron la conducción.

La campaña para las elecciones generales de febrero de 1958 mostró al gobierno de la «Revolución Libertadora» convertido en el blanco de ataque predilecto de la mayoría de los partidos antiperonistas. Desde la UCRI se censuró la desperonización y las políticas económico-sociales, calificadas de «entreguistas, oligárquicas y antipopulares», haciéndose mucho más transparente la búsqueda del electorado peronista que coronaría con el pacto de enero de 1958.¹⁵ Los partidos minoritarios –socialistas, demócratas, demócratas progresistas y cristianos– lo acusaron de haber traicionado los ideales democráticos de la «revolución» y favorecer a los radicalismos, por no implantar el sistema de representación proporcional para las elecciones presidenciales. Ellos se presentaron ante el electorado como la única alternativa democrática, principista y programática, aunque sin chances de alcanzar el poder.

La UCRP se mantuvo leal y agradecida al gobierno y a la «revolución». Con un discurso populista de características moderadas, prometió, sin embargo, amnistía a los peronistas y centró su campaña en atacar al candidato de la UCRI, el que, por otra parte, se esforzaba en presentar a sus ex-correligionarios como la continuidad del gobierno de los «libertadores».

La estrategia de la UCRI, causó alarma en los partidos y en el gobierno. Los altos mandos de la Marina,¹⁶ que tuvieron conocimiento de la alianza con el peronismo, propusieron no hacer la entrega del poder en caso que resultara triunfante en el comicio, o proscribirlo. A ello se opuso tenazmente el presidente Aramburu, en nombre del compromiso político asumido por las Fuerzas Armadas ante la ciudadanía. Y una vez que Arturo Frondizi resultó electo presidente, el debate se prolongó hasta su asunción en mayo de 1958.¹⁷

La «Revolución Libertadora» había fracasado en su objetivo general de desperonizar la sociedad argentina, y también en su objetivo particular de establecer nuevas reglas para el funcionamiento del sistema político. El ensayo de transición a la democracia por la vía de la integración del peronismo apareció momentáneamente como victorioso: la historia posterior demostró lo efímero de ese triunfo.

¹⁵ Sobre los pormenores del Pacto Perón-Frondizi, Ramón Prieto en Jorge Perren (1997). (1964), Emilio Perina (1960).

¹⁷ Un testimonio de estas negociaciones desde la óptica del frondizismo, en Rogelio Frigerio (1961).

¹⁶ Interesantes testimonios en Jorge González Crespo, op. cit. y

El clima de ideas

El gobierno de la «Revolución Libertadora» llegó al poder legitimado por su victoria militar y por un amplísimo consenso civil. Éste incluyó a amplios sectores sociales, a la mayor parte de los intelectuales más prestigiosos del país, a la Iglesia Católica, a los principales partidos y grupos políticos y a un gran número de estudiantes universitarios, que en nombre de la libertad, la democracia y enfrentados a la «tiranía» se habían movilizado contra el gobierno peronista. Finalmente muchos de ellos colaboraron política y materialmente con el golpe,¹⁸ al que festejaron ruidosamente.

El enfrentamiento entre peronistas y antiperonistas que para entonces tenía más de diez años, lejos de disiparse se acentuó. Los últimos, ahora protagonistas excluyentes de la política, hicieron uso de sus derechos reconquistados e iniciaron, desde distintos ámbitos, un intenso debate sobre el pasado, el presente y el futuro del país. Éste acompañó la apertura de la lucha política entre los partidos y fue seguido con creciente interés por los sectores medios politizados, dando lugar a una gran revitalización de la actividad político-cultural.

Dentro de ese fenómeno de explosión político-cultural antiperonista –que fue expresión del rasgo optimista de esa parte de la sociedad en el período– hubo marcados matices. Una vertiente minoritaria representó al antiperonismo más radicalizado, el más próximo intelectual y afectivamente al antifascismo. Se preocupó fundamentalmente por el sistema político (la democracia «formal», dijeron sus críticos y detractores) e hizo un balance del peronismo como aberración. La otra vertiente, antiperonista también, pero mucho más heterogénea y dinámica, planteó en líneas generales la transformación global de la economía y la sociedad y desde allí la conquista de la masa peronista.

La notable proliferación de revistas y periódicos militantes que alcanzaron importantes tiradas da cuenta del interés de los sectores medios por la información política, uno de los rasgos socio-culturales salientes del período.

La vigencia en los análisis de las nociones de «oligarquía», «imperialismo», el carácter revolucionario del «pueblo» y el «interés nacional» como opuesto a los «intereses extranjeros» muestran un diagnóstico que evidencia algunas de las preocupaciones compartidas por intelectuales y políticos, tanto en la caracterización del proceso histórico, como de la realidad que ambicionaron modificar.

La preponderancia de estas ideas en la cultura política y su grado de aceptación social pueden explicarse como el resultado de una larga prédica en la

¹⁸ Militantes de los partidos políticos, del catolicismo y universitarios conformaron centralmente los cuadros de los «Comandos Civiles Revolucionarios».

que, a lo largo del accidentado desarrollo político del siglo XX, confluyeron tres grandes campos ideológico-culturales: el nacionalismo en sus diversos matices, el reformismo universitario¹⁹ y el marxismo. Ellos abonaron un terreno de discusión que condujo rápidamente hacia una relectura del pasado más reciente: el peronismo.

El periodismo político

El periodismo político independiente²⁰ que surgió al calor de las transformaciones introducidas por el gobierno provisorio²¹ en su ensayo de construcción de un nuevo sistema político estable, reflejó la escisión política de la sociedad y los quiebres producidos en la coalición antiperonista.

En el campo periodístico es posible distinguir por un lado la «gran prensa», constituida por los diarios tradicionales de proyección nacional, representados fundamentalmente en *La Nación*, *La Prensa* y *Clarín* y los diarios entregados a los partidos, al principio, todos ellos favorables al proyecto desperonizador y «democratizador» del gobierno. Por otro, la prensa partidaria o al servicio de un determinado proyecto político-ideológico, de tono preponderantemente crítico, que es la que floreció con inusitado vigor en la coyuntura que analizamos, miró la política desde un ángulo que privilegió lo económico-social.

A fines de noviembre de 1955 reapareció la revista *Qué sucedió en 7 días*, uno de los grandes hitos del periodismo de opinión argentino que había tenido una vida breve durante el peronismo, su director fue en estos años Rogelio Frigerio. Ella reunió un grupo de periodistas y colaboradores provenientes de la izquierda (socialistas y comunistas), del nacionalismo y luego incorporó a dos de los intelectuales más prestigiosos vinculados al peronismo, Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz. Su importancia proviene, por un lado, de su gran tiraje y popularidad en los sectores más dinámicos²² y, por otro, de que reflejó el nuevo arco de solidaridades ideológicas y políticas que se plasmaron en las propuestas

¹⁹ El peso de la tradición reformista en el fenómeno de politización y movilización de los sectores universitarios, en Silvia Sigal (1991).

²⁰ El gobierno peronista había controlado y censurado a la prensa independiente a través de diversos mecanismos que fueron en algunos casos hasta la expropiación lisa y llana, el más sonoro fue el del diario *La Prensa* de Gainza Paz. *La Nación* y *Clarín*, al parecer los únicos que en la Capital se mantuvieron independientes, se vieron afectados por las cuotas de papel. Otros directamente fueron comprados. El «Libro Negro de la Segunda Tiranía» (1958), p. 93, presenta una lista de 16 empresas compradas y luego, de acuerdo a la indagatoria del entonces secretario de Prensa y Difusión, Sr. Aloé, por parte de la «Comisión Investigadora» elabora un cuadro

sobre publicaciones oficialistas y opositoras, presentando 224 oficialistas, 120 opositores y 227 independientes.

²¹ La política de prensa del gobierno de la «Libertadora» mantuvo con su propia modalidad la censura a la prensa y otorgó, como reparación y restauración de la «libertad de prensa» los diarios oficialistas del peronismo (propiedad de peronistas) a miembros de partidos políticos leales, o a personalidades de la cultura antiperonistas, fue el caso, por ejemplo de Ernesto Sábato, en diario *El Mundo*.

²² Silvia Sigal (1991), hace una referencia muy breve pero significativa sobre *Qué*; dice: «Los estudiantes la llamaban *La Biblia*».

de «integración» y «desarrollo», que propugnó Arturo Frondizi en los últimos tramos de su campaña presidencial.

Con una moderna concepción periodística, Qué... elaboró un análisis crítico de la realidad, con un discurso orientado a un público masivo. Su posición en el período fue girando desde un «apoyo crítico» al gobierno, expectante en sus comienzos, hasta una oposición frontal al mismo identificándolo con el antiperonismo más radicalizado (revanchista en sus términos), proponiendo transparentemente la alianza con el peronismo.

Los sectores nacionalistas que habían estado vinculados a la gestión del General Eduardo Lonardi, por su parte, tuvieron su propia publicación: Azul y Blanco. Aparecida en 1956,²³ estuvo dirigida por Marcelo Sánchez Sorondo. Ellos mantuvieron una línea ideológica mucho más homogénea y menos proclive a dialogar con la izquierda que la de Qué... y terminaron por constituir un pequeño partido que llevó el nombre de la revista. Partidarios de la pacificación, tendieron menos visiblemente sus redes hacia el peronismo.

Otro semanario de importante proyección y de clara tendencia nacionalista fue Mayoría, sucesora de Esto es, clausurada en los comienzos de la gestión de Aramburu. Su director Tulio Jacovella, incursionó también en el trabajo histórico, desde el revisionismo. De fuerte tono opositor al gobierno, este semanario bregó tempranamente por la conciliación y convivencia con el peronismo a punto tal que asumió la reivindicación del fallido intento de Valle de junio de 1956 y fue quien publicó las investigaciones sobre los fusilamientos de los basurales de José León Suárez realizadas por el escritor Rodolfo Walsh. Luego de las elecciones de febrero de 1958 publicó una serie de notas de Osiris Troiani en las que explicaba las razones del pacto Perón-Frondizi.

Dentro de la misma línea opositora al gobierno y autodefinido como nacional y popular, con un discurso de matices que lo ubicaban mucho más a la izquierda, se hallaba Resistencia Popular, dirigido por Raúl Damonte Taborda, viejo militante radical, antifascista y antiperonista,²⁴ vinculado al diario Crítica. Este periódico se identificaba con los sectores más radicalizados de la Intransigencia, aun cuando no tuvo vinculación orgánica con la UCRI. Saltó a la notoriedad y gran parte de la prensa se ocupó de él a raíz de la publicación de una serie de cartas del contralmirante Rial al presidente Aramburu, que desnudaron ante la opinión pública las divergencias del gobierno y las preferencias de Aramburu por la UCRP. Defendió la alianza y solidaridad con el peronismo proscripto.

²³ Sobre la prensa nacionalista y su proyecto de captación del peronismo, Julio Melón Pirro (1997).

²⁴ Raúl Damonte Taborda era yerno de Natalio Botana, el fundador

de *Crítica*. Durante el peronismo estuvo exiliado en Montevideo y allí publicó su virulento libro, *Ayer fue San Perón* (1953) donde pedía la solidaridad latinoamericana para derrocar a Perón.

En otra dimensión, que la alejaba en cierto sentido de la militancia inmediata, y para un público más restringido –ya que se trató de una revista cultural con un claro proyecto ideológico-cultural– estaba *Contorno*.²⁵ Los intelectuales a ella vinculados iniciaron tempranamente una relectura del peronismo. Ellos apostaron decididamente al «frondizismo», pretendiendo convertirse en su vanguardia de izquierda.²⁶

El rasgo común de este conjunto de periódicos y revistas fue su carácter opositor a la propuesta política desperonizadora del oficialismo, pero sobre todo a sus políticas económicas y sociales que en general fueron calificadas de «reaccionarias», «antipopulares» y «liberales».

La condena al liberalismo fue reiterada sistemáticamente. Casi siempre el ataque estuvo dirigido al liberalismo económico, considerado el causante del atraso del país por haber estado al servicio de los intereses extranjeros y de la oligarquía terrateniente y, por ende, fue considerado responsable de la injusticia social. A este desprestigio del liberalismo, cuya crisis parecía interminable, había contribuido mucho la propaganda del nacionalismo.

La importancia del nacionalismo fue muy grande en esta etapa de la vida política argentina, no por su peso como entidad política sino por su influencia ideológica. Su penetración cultural y política era de larga data,²⁷ a punto tal que habían construido una poderosa corriente historiográfica (el «revisiónismo»), habían influido en la reelaboración del discurso del partido radical, e inclusive condujeron a algunos sectores de la izquierda a reconsiderar su visión del pasado. Por otra parte, no debe olvidarse que Perón mismo había adherido al discurso nacionalista y contó con la solidaridad de algunos de sus cuadros en los comienzos de su carrera política.

Así, la prensa de oposición en estos años reflejaba la existencia de un sustrato político-cultural abonado por el nacionalismo, formando parte de los discursos más disímiles. En todas estas publicaciones, que participaron del fenómeno periodístico político antiperonista, la influencia intelectual de los nacionalistas, está de alguna manera presente.

²⁵ *Contorno* fue una revista literaria nacida durante los años del peronismo. En ella colaboraron David e Ismael Viñas, Noé Jitrik, Adolfo Prieto, León Rozitchner, Tulio Halperín Donghi y otros. Sobre *Contorno*, William Katra (1989).

²⁶ En este sentido hay dos artículos aparecidos en la revista, números 9/10 de 1959, uno de Ismael Viñas y otro de León Rozitchner que plantean elocuentemente la desilusión ante la realidad de la gestión frondizista. Esto quedó fijado dentro de la tradición de los intelectuales de izquierda como la «traición de Frondizi». Un análisis, en Oscar Terán (1991).

²⁷ Como vertiente ideológica el nacionalismo dio cabida a diversas expresiones sobre el orden político y social deseable, esto lo constituyó en un movimiento político intelectual sumamente heterogéneo, lo que llevó a hablar más precisamente de nacionalistas. Sobre el tema, Enrique Zuleta Álvarez (1969), Marisa Navarro Gerassi (1968), María Inés Barbero y Fernando Devoto (1983), Cristián Buchrucker (1987), David Rock (1993), Loris Zanata (1996) y Fernando Devoto (2002).

En el campo de la izquierda tradicional, una vez instaurado el gobierno provisorio, reapareció *La Vanguardia*,²⁸ órgano oficial del Partido Socialista, representativo de la postura antiperonista a ultranza. Argumentó en favor de la desperonización e hizo sugerencias sobre cómo implementarla. Solidario con el gobierno, propugnó un retorno a los valores del liberalismo fundante (la generación de 1837) y las correcciones que lo hicieran efectivo en el sistema político, a través de la implantación del sistema electoral de representación proporcional. Mantuvo su clásico discurso reformista en lo económico-social centrado en la promoción de cooperativas de productores y consumidores. Desde la órbita del Partido Comunista, los Cuadernos de Cultura –de circulación más restringida– y Propósitos, el periódico que dirigió Leónidas Barletta. Anti-imperialismo y solidaridad con la clase obrera fueron sus consignas rectoras. Propósitos tuvo accidentada vida durante el período, ya que sufrió varias clausuras y secuestros e incluso la prisión de su director.

Dentro de las publicaciones nuevas de la vertiente ideológica socialista crítica de las posiciones del partido apareció Acción Socialista, que dirigió originalmente Dardo Cúneo. Este periódico tuvo muy corta vida y reflejó el debate en que se hallaba inmerso el Partido Socialista. Los más jóvenes cuestionaron lo que veían como un oficialismo exagerado del partido que los alejaba de la clase obrera, de quienes se consideraban sus legítimos intérpretes. Más tarde, Cúneo y Marcos Merchensky, otro de los dirigentes socialistas jóvenes que colaboró con él, pasaron a formar parte del elenco periodístico de la revista *Qué...*, sumándose al comité de independientes que trabajaron por la candidatura de Frondizi.

De raíz socialista, pero derivando hacia el trotskismo, aparecieron durante estos años dos publicaciones dirigidas al movimiento obrero, *Lucha obrera*, que salió muy brevemente durante 1955, y que luego a partir de 1957 pasó a llamarse *Palabra Obrera*. El grupo que editó estos periódicos había tenido su origen en la ruptura que se produjo en el Partido Socialista con la expulsión de Enrique Dickmann. Ellos habían propuesto la colaboración con el peronismo, evolucionando hacia planteos anti-imperialistas y revolucionarios.²⁹ Reivindicaron a otro socialista escindido, Manuel Ugarte y sostuvieron el carácter progresista del peronismo en un país «semicolonial» como la Argentina, y la necesidad de la reconsideración de la izquierda hacia él.

En este inventario del periodismo político de los años de la «libertadora»

²⁸ En octubre de 1955, con la dirección de Américo Ghioldi.

²⁹ Los principales ideólogos e intelectuales fueron Jorge Abelardo Ramos, Esteban Rey, Jorge Enea Spilimbergo. El primero había sido colaborador del peronismo desde *Democracia*.

puede incluirse Criterio, que sin ser una revista estrictamente política, había jugado un rol ideológico importante desde los años '30 como vocero del nacionalismo-católico. La posición de Criterio, expresión ahora de un catolicismo reconciliado con el sistema político liberal, destacó sistemáticamente el rol de los católicos en la gestación de la «Revolución Libertadora», apoyó críticamente al gobierno de Aramburu, defendiendo la desperonización y el ataque a los sectores nacionalistas. Ofreció una visión pesimista de la clase política en general y denunció el «peligroso oportunismo» hacia el peronismo que practicaban radicales intransigentes y conservadores populares. En otro orden de cosas, fue particularmente hostil hacia los socialistas, por su posición favorable al divorcio y a la laicidad de la enseñanza.

Mención aparte merece la prensa que había pertenecido durante el peronismo a la denominada «cadena oficial», y que el gobierno provisorio intervino, dando su dirección a personas y partidos afines a la «revolución». Tal el caso de Mundo Argentino, cuya dirección fue confiada originalmente al escritor Ernesto Sábato. Su actuación fue muy breve, dado que luego de la investigación y denuncia de torturas a presos políticos en la coyuntura, presentó su renuncia al cargo. A partir de ésta, la publicación perdió ese carácter independiente que había pretendido darle Sábato. Igualmente, Crítica, el viejo diario de Natalio Botana, fue confiado a Santiago Nudelman dirigente antiperonista de la primera hora proveniente del unionismo radical. Su línea política fue de apoyo y solidaridad con el gobierno provisorio en su campaña democratizadora-desperonizadora, y su blanco de ataque predilecto: el «frondizismo».

Existió también una prensa clandestina o semi-clandestina, de aparición irregular –algunas veces sólo compuesta de una hoja– que llevó adelante la tarea propagandística vinculada a la «resistencia peronista». Ella ha sido particularmente estudiada por el historiador Daniel James en su trabajo sobre la resistencia peronista. Además, debe tenerse en cuenta que la prensa peronista no desapareció automáticamente con el triunfo del movimiento de setiembre. Por ejemplo De Frente, la publicación que dirigió John William Cooke, mantuvo todavía algunas entregas durante la gestión de Lonardi y reconoció el triunfo de la «revolución». El 45, fue una nueva editorial de muy corta vida en el período, vinculada a Arturo Jauretche.

Este panorama del periodismo político porteño en el período, necesariamente incompleto,³⁰ nos permite sin embargo adentrarnos en algunos rasgos de la cultura política y del clima de ideas argentinos de aquellos años.

³⁰ Por ejemplo, podríamos agregar una publicación de ocasional aparición, *El Gorila*, y la prensa del interior que reprodujo y alimentó este debate.

Rasgos del debate político a través de la prensa

El amplio debate abierto por la «Revolución Libertadora» involucró el pasado, el presente y el futuro político del país. En esta discusión, las aguas se dividieron entre quienes querían refundar el orden político sobre bases liberales, arrancando de raíz la cultura –a sus ojos totalitaria y aberrante– del peronismo, y quienes pretendían volver a la «normalidad», a partir de los canales tradicionales del juego político luego de la tarea de orden y reparación que debía realizar la «Revolución Libertadora». Para estos últimos el orden político no podía desprenderse de la estructura económico-social, y en ese sentido sólo el cambio global garantizaba la democracia, que no se agotaba en lo político.

Estos dos diagnósticos de la realidad argentina se sostenían en concepciones distintas de la democracia y del ejercicio del poder político: la democracia representativa, que concibió el ejercicio del poder básicamente como la administración del Estado, acompañando la dinámica evolutiva de la sociedad; y lo que genéricamente se denominó el pensamiento revolucionario, asentado en una concepción popular de la democracia, como gobierno de la mayoría y del poder político como impulsor y garante de la transformación global de la sociedad.

El diario *La Nación*, por ejemplo, que mostró su júbilo por la «Revolución Libertadora», desarrolló una línea de ideas optimista hacia el futuro que basó en la noción de «reserva cívica». Esta había resistido el avasallamiento del totalitarismo y se transformaría en la principal dinamizadora de la reconstrucción democrática del país.³¹ Estas mismas ideas prevalecieron en los sectores del gobierno y de los partidos vinculados al contralmirante Isaac F. Rojas. Ellos hicieron hincapié en la «tradición democrática» de la política argentina –tradición que no se sostenía a la luz de la historia política de los últimos veinticinco años, como no dudarían en señalar sus críticos–. Sin embargo hubo un deliberado esfuerzo, perceptible en el discurso oficial desde el ascenso de Pedro E. Aramburu, de transformar a la democracia en la idea fuerza del proceso político que estaban llevando adelante. Por ello, la «Revolución Libertadora» se definió como democrática y constitucionalista y explicitó su pretensión de ser «el último gobierno militar». En la historia política pendular (cívico-militar) de la Argentina del siglo XX, éste fue quizás su rasgo más original y distintivo.

La prédica del gobierno provisorio puso énfasis en el objetivo de democratizar, y en éste estuvo acompañado por los grandes diarios y por partidos políticos minoritarios: los socialistas, la mayor parte de los demócratas, los demócratas

³¹ Sobre *La Nación*, ver Ricardo Sidicaro (1993).

progresistas, los demócratas cristianos y ambivalentemente por el Partido Comunista. Este grupo fue depositario de uno de los proyectos: la democracia excluyente. Su objetivo chocó con una realidad difícil de modificar sin violencia, la cultura política peronista. A ella hicieron referencia como «la sociedad abonada por diez años de totalitarismo».³²

Por otra parte, la euforia democrática de los sectores juveniles de izquierda de tradición reformista que acompañó el proceso de desperonización de los claustros, se tradujo en una serie de presiones y demandas cada vez más radicalizadas.³³ Ese tipo de manifestaciones fue visto como una desviación peligrosa de corte totalitario por los sectores opuestos a sus demandas.

El periodismo de oposición constituyó su discurso partiendo de una posición crítica en torno a las políticas económicas y sociales del gobierno provisorio, a las que catalogaron de «liberales», «anti-industrialistas» y «antipopulares». Entrelíneas puede leerse la denuncia de un plan conspirativo³⁴ que pretendía retrotraer a la economía y a la sociedad a la hegemonía de los intereses agroexportadores, que identificaron con la Argentina de los años treinta, a la que categóricamente calificaban de «década infame». De esta lectura del pasado y del presente, participaba la prensa nacionalista, y la mayor parte de las publicaciones de izquierda.

Pero fue sobre todo en el diagnóstico del pasado y en la denuncia de un proyecto oligárquico-imperialista –que en su presente identificaron con el gobierno provisorio, los diarios *La Nación* y *La Prensa*, la *Sociedad Rural* y la *Cámara de Comercio Británica*–, opuesto a la industrialización y al desarrollo del mercado interno, donde radicó el acuerdo de la visión nacionalista y el de la amplia gama de izquierda anti-imperialista. De ella participaron también los dos sectores de la *Unión Cívica Radical* –al menos en sus vertientes internas mayoritarias–³⁵ y líneas internas de algunos de los partidos menores.³⁶

El análisis estructural de la realidad, dominante en esos años, condujo a tratar el problema político desde una perspectiva que priorizaba las variables económico-sociales como centrales a todo tipo de explicación. De allí que la polémica sobre el

³² En los discursos del presidente Aramburu fue muy frecuente la alusión a este escollo como uno de los más difíciles de superar, en su relación con la oposición política. Se refirió fundamentalmente a la UCRI, al Partido Demócrata Conservador Popular y en general a los que se solidarizaron de algún modo con el peronismo.

³³ Ejemplo de ello fueron las tomas de las Facultades de la Universidad de Buenos Aires, o la toma del Colegio Nacional Buenos Aires, en 1956 y fundamentalmente los enfrentamientos callejeros por la «Laica o la libre» que comenzaron en estos años.

³⁴ Un ejemplo de ello fue la recensión que la revista *Qué...* hizo del opúsculo de Arturo Jauretche que denunció al plan de Prebisch como un «retorno al coloniaje».

³⁵ De ella participó en su gran mayoría la UCRI, liderada por Frondizi; pero también de la visión anti-imperialista las líneas que conformaron la UCRP, el sabatinismo y el Movimiento de Intransigencia y Renovación de la Provincia de Buenos Aires, liderado por Ricardo Balbín.

³⁶ De la Democracia Cristiana y la Democracia Progresista.

futuro orden político los condujera a diferenciarse del bloque que hacía hincapié en la introducción de reformas institucionales, a quienes acusaron de defender una democracia meramente formal y de convertirse en cómplices del proyecto oligárquico-imperialista.³⁷

Algunos de los libros

Los libros aparecidos en la época reflejaron también las alternativas en que se debatía la sociedad dividida, mostrando diagnósticos antagónicos sobre el pasado y el presente del país. Esto es perceptible en la producción ensayística referida tanto a la historia, como a la economía, la política y la literatura. Una de las características salientes de esta producción ensayística, fue el carácter militante y fuertemente polémico que prevaleció en su discurso, lo que es válido tanto para la izquierda como para el nacionalismo, que fueron las tendencias preponderantes.³⁸

En el terreno académico, también la influencia del existencialismo filosófico, combinado con el modelo analítico del marxismo, condujo al replanteo del rol social del intelectual,³⁹ surgiendo clara y distintamente la noción de «compromiso», presente ya en la búsqueda de nuevas aproximaciones a la realidad que iniciara, previamente a esta etapa, la revista *Contorno*.

Como ya habíamos señalado, existieron en el período una serie de preocupaciones compartidas que condujeron a la elaboración de un diagnóstico de la realidad económica, política, social y cultural, que por encima de las diferencias ideológicas y de la ubicación política coyuntural permiten vislumbrar una percepción común sobre cuáles habían sido los problemas que condujeron a la crisis que se afrontaba.

A. EL ANÁLISIS DEL PASADO

En el terreno de la economía, particularmente en la historia económica, existió en general acuerdo en señalar que la clave del proceso estaba en la estructura agro-exportadora que representaba los intereses oligárquicos.⁴⁰ Esta había dado

³⁷ Esta concepción de la realidad fue la de *Qué...*, pero también estuvo presente en gran parte de los análisis de *Contorno* y en las publicaciones de izquierda.

³⁸ Un panorama de esta producción en Federico Neiburg (1998).

³⁹ Véase Oscar Terán (1991), cap.1.

⁴⁰ En esta línea interpretativa, que ya tenía cierta tradición intelectual en la Argentina puede verse por ejemplo el ensayo de José Luis Reissig, *El fin de un ciclo histórico en la Argentina* (1956). En él planteaba que los momentos de retroceso de la hegemonía

oligárquica (el Radicalismo y el Peronismo) no fueron aprovechados por la inexistencia de claros proyectos ideológicos para transformar radicalmente la estructura de tenencia de la tierra y socavar el poder oligárquico. El de Horacio J. Noboa, *Política nacional de carnes* (1956), que seguía el enfoque de un trabajo precursor en el tema, José V. Liceaga, *Las carnes en la economía argentina* (1952). En ambos el tema central es el carácter monopólico de los frigoríficos en la economía argentina.

lugar a una infraestructura de tenencia de la tierra que consolidó el latifundio⁴¹ y luego el monopolio de los frigoríficos extranjeros, privilegió las importaciones e impidió, en definitiva, la industrialización del país.⁴² Estas hipótesis estaban asociadas, según las interpretaciones con mayor o menor énfasis, a la acción del imperialismo.

Dentro de los enfoques de izquierda, la presencia de la Teoría del Imperialismo de Lenin fue muy marcada. A ella ya había hecho explícita referencia en un ensayo político de 1954 –Petróleo y política – Arturo Frondizi cuando denunció el contrato con la California Standard Oil como entrega de la soberanía y de los recursos del país. Pero quizás la interpretación global del proceso histórico argentino en la que el peso de las tesis de Lenin sobre el imperialismo estuvo más marcada fue en Revolución y contrarrevolución en la Argentina, de Jorge Abelardo Ramos.⁴³ Este trabajo reunió una serie de hipótesis novedosas que dieron lugar a una serie de polémicas en la izquierda y el «revisionismo», la más saliente de las cuales fue la del rol progresista que Ramos asignaba al general Julio A. Roca en la constitución del moderno Estado capitalista.

La lectura política del pasado por parte de los nacionalistas también fue fecunda en este período. Aquí podrían destacarse dos trabajos que se insertaron bien en la polémica que sobre el presente conflictivo involucró a intelectuales y políticos. Uno es el de Atilio García Mellid –Proceso al liberalismo argentino (1956)– que, como su título sugiere, era una denuncia histórica de los «héroes» de la «historia oficial». El otro, ubicado dentro de la misma temática, atacaba al «pensamiento liberal» desde Sarmiento hasta los que identificaba como sus discípulos contemporáneos, el grupo de Ascuá,⁴⁴ a la vez que revalorizaba las obras individuales que se habían opuesto a la hegemonía liberal en la literatura política, se tituló *Civilización y Barbarie*, de Fermín Chávez. Así, la polémica política sobre el presente se retrotrajo al análisis del pasado, dando lugar al planteo de antinomias inconciliables –nacionalismo vs. liberalismo, traducida también como cultura popular vs. cultura de élite, o intereses populares vs. intereses

⁴¹ Las tesis de Jacinto Oddone (*La burguesía terrateniente argentina*, de 1930) habían sido tomadas por casi toda la historiografía económica posterior.

⁴² Saliendo de la línea ensayística que hemos venido privilegiando, el trabajo sin duda más significativo de historia económica, aparecido en el período fue el de Roberto M. Ortiz, *Historia Económica de la Argentina*, que es un estudio rigurosamente documentado de las distintas actividades económicas, en el período que va de 1850 a 1930. Este trabajo fue durante más de veinte años el «manual de historia económica» de la universidad argentina. En la introducción de dicho trabajo se destacaba el carácter «inducido desde fuera» de la economía argentina, que provenía de la experiencia histórica

colonial y de la posterior etapa de expansión y dominación económica que llevó a cabo la Europa del Siglo XIX.

⁴³ La primera edición de dicha obra fue en 1957, y tuvo múltiples reediciones corregidas y aumentadas hasta la década del ochenta. Un dato de época que resulta significativo para este clima de ideas que tratamos de reconstruir es la aparición de una reseña de la primera edición en la revista *Qué...*, escrita por Arturo Jauretche.

⁴⁴ El grupo ASCUA reunió a intelectuales que apoyaron a la «Revolución Libertadora» y fueron los impulsores de la línea Mayo-Caseros. Algunos de sus miembros fueron Alberto Erro, Francisco y José Luis Romero, Héctor P. Agosti, Alberto Palcos.

oligárquicos– que en el fondo involucraban la antinomia mayor, imperialismo o nación.⁴⁵

En la vertiente de izquierda próxima al peronismo Rodolfo Puiggrós, uno de los primeros intelectuales comunistas que ensayó ese pasaje, publicó su *Historia Crítica de los Partidos Políticos* en 1956. Desde las mismas raíces el prolífico escritor Héctor P. Agosti, abordaba cuestiones sobre el sistema político, la ubicación de Argentina en el concierto internacional y las alternativas de la democracia burguesa como tránsito a la revolución, en *El mito Liberal y Para una política de la cultura* –ambos de 1956–.

La historiografía revisionista y justiciera que había surgido por los años '30 al calor de los debates del recientemente descubierto fenómeno del imperialismo, adquirió gran difusión en esta etapa. Su influencia se unía a la de la historiografía militante de la izquierda. Esta sostuvo que la historia era la verdadera herramienta de la revolución socialista, la cual en los países periféricos o semi-coloniales pasaba necesariamente por la lucha anti-imperialista. Visión que comenzó a convertirse en lugar común de los análisis sobre el pasado y el presente político, irradiando su influencia a todo el espectro cultural.

Paralelo a este desarrollo, pero dentro de este proceso de florecimiento cultural, caracterizado por la búsqueda de explicaciones y soluciones y sobre todo por la polémica, surgió el movimiento de renovación de los estudios históricos. Éste alcanzaría sus mayores logros a partir de los años '60, proyectándose luego como modelo historiográfico y profesional al conjunto de las Ciencias Sociales hasta nuestros días. Uno de los impulsores de esta transformación fue José Luis Romero.⁴⁶ Ubicado en las antípodas del revisionismo histórico, apareció en 1956 la segunda edición corregida y aumentada de *Las ideas políticas en la Argentina*, cuya primera edición era de 1946. En su análisis globalizador del proceso histórico destacó la labor progresista del que denominó «pensamiento conciliador» de la generación de 1837.

Este panorama diverso de parte de los libros más significativos sobre historia argentina de estos años, muestra un universo de ideas y problemas, una forma particular y nueva de mirar el pasado, donde se combina la detección de errores y la explicación por las carencias. Más que buscar las racionalidades de por qué determinadas tendencias históricas prevalecen y otras perecen, estos intelectuales partieron de la pregunta del por qué no, pretendieron explicar lo que no fue, y no sólo lo que efectivamente ocurrió. Así, por ejemplo, uno de los problemas que durante años sería compartido por gran parte de la ciudadanía argentina, las limitaciones de la industrialización.

⁴⁵ Sobre esta polémica en el largo plazo, véase Maristella Svampa (1995).

⁴⁶ Sobre la renovación de los estudios históricos en la Argentina, entre 1955 y 1966, Fernando Devoto (comp.) (1994).

Como viéramos, entre el nacionalismo y las diversas posiciones de izquierda hubo, si se quiere, un terreno de preocupaciones comunes que abonaron la discusión ideológica y política. Hubo además un punto de acuerdo en la definición más general del enemigo, que fue lo que posibilitó la efímera alianza política de un lado y de otro del espectro ideológico, y que apostó al «frondismo».

Pero quizá sea en el ensayo político de coyuntura donde más claramente puede percibirse el fenómeno de ruptura que había caracterizado a la Argentina desde el advenimiento del peronismo. En este terreno la producción fue muy abundante a partir de 1955.

B. LA EXPLICACIÓN DEL PRESENTE

Dentro de la literatura política que ejerció mayor influencia sobre el diseño de las políticas y el discurso del segundo gobierno de los «libertadores», ocuparon un lugar especial los ensayos políticos destinados a fundamentar la desperonización. Todos ellos partieron de la certeza de que el peronismo había sido la manifestación vernácula del nazi-fascismo. La producción más frondosa de libros, opúsculos y panfletos, provino del Partido Socialista: Américo Ghioldi, con *De la tiranía a la Democracia Social* (1956); Nicolás Repetto, *Mi Paso por la política* (1957); Alfredo Palacios, *El Ejército y la Revolución Libertadora* (1956); Héctor Iñigo Carrera, *El engaño de las nacionalizaciones totalitarias* (1955); Carlos Sánchez Viamonte, *El último caudillo* (1956). Muchos de éstos recogieron artículos periodísticos del exilio en Montevideo, discursos en la Junta Consultiva Nacional o ante las Fuerzas Armadas, o investigaciones sobre denuncias.

Tras el mismo objetivo de fundamentar la desperonización, estuvieron los libros de los radicales: Raúl Damonte Taborda, *Ayer fue San Perón* (1955); Silvano Santander, *Técnica de una traición. Juan Domingo Perón y Eva Duarte, agentes del nazismo en la Argentina* (1955), y *Yo acusé a la dictadura. El gran culpable* (1956); Santiago Nudelman, *En defensa de la democracia y la moral administrativa* (1957); y del conservador Reynaldo Pastor, *Frente al totalitarismo peronista, que denunciaron los contactos y la puesta en práctica de un proyecto nazi-fascista*.

Cuando el proceso revolucionario que había derrocado al peronismo, iniciaba su cambio de rumbo, apuntando a la desperonización, apareció el ensayo, *Ayer, hoy y mañana* (1956), de uno de los hombres ligados al «lonardismo», Mario Amadeo. Ubicado ideológicamente en el nacionalismo más conservador, el autor exponía su propia actuación en la conspiración y justificaba su conducta posterior con respecto al ex-presidente derrocado, mostrando un cuadro som-

brío sobre el proyecto político del nuevo elenco gubernamental, a la vez que calificaba a la «revolución» como el triunfo de una clase sobre otra.

Polemizando con este trabajo, apareció el breve ensayo de Ernesto Sábató, *El otro rostro del peronismo* (1956) que reconoció aciertos en el diagnóstico de Amadeo y le reprochó «olvidos» sobre su connivencia con el peronismo. Quizás su rasgo más original fue el intento de explicación de la adhesión de los sectores populares al peronismo y el análisis del divorcio social que había producido.

A mitad de camino entre el ensayo histórico y el ensayo político de coyuntura, con incisivo discurso, apuntaba a debatir sobre el pasado más cercano y doloroso, Perón y la crisis argentina de Julio Irazusta, editado también en 1956. Fue uno de los historiadores más importantes del Revisionismo, su preocupación más marcada, había sido el peso de la influencia británica en el proceso histórico argentino. En este libro, siguiendo su tradicional línea interpretativa, acusó al ex-presidente de anti-industrialista y pro-británico.

Desde las filas del peronismo y con aguerrido discurso, Arturo Jauretche, uno de los proscriptos que, sin embargo, tuvo activa militancia como publicista⁴⁷ durante los años de la «libertadora», denunció al gobierno y a sus aliados de «elitistas» y «oligárquicos». A comienzos del proceso revolucionario publicó un opúsculo donde atacaba violentamente el diagnóstico y las propuestas económicas de Raúl Prebisch, *El Plan Prebisch. Retorno al coloniaje*, como un intento de retrotraer a la economía argentina a la etapa «pastoril». En 1957 volvería a la carga con otro ensayo, *Los Profetas del odio y la yapa*, la colonización pedagógica, centrado en la crítica a los intelectuales más prestigiosos del antiperonismo –Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges, Victoria Ocampo– a los que denostaba por su falta de sensibilidad para captar la realidad política y social del país. Según el autor, esto los conducía a renegar de su cultura y a sentirse extranjeros en su propio país.

Por último, un trabajo que indagaba en el juego político de la coyuntura y en la cultura política, haciendo algunas apuestas a futuro: *¿Es Frondizi un nuevo Perón?* de Esteban Rey. Aparecido también en 1957, este ensayo partía de la hipótesis de que el peronismo había contribuido a «nacionalizar» a los sectores medios y de que el «frondizismo», montándose oportunistamente pretendía presentarse como la continuidad del mismo cuando, en realidad, Frondizi había sido la oposición tolerada en la anterior y en la presente coyuntura.

⁴⁷ Fundamentalmente a través de sus colaboraciones con la revista *Qué...*

El discurso de los partidos políticos

El análisis del discurso de los partidos políticos permite establecer dos fases, que se corresponden una con la iniciación del gobierno provisorio y su tarea de reordenamiento de la vida política hasta aproximadamente mediados de 1956; otra con la apertura de la competencia partidaria, desde la convocatoria a la elección de constituyentes, a mediados de 1957, hasta las elecciones de 1958.

En el primer momento, el rasgo común fue la «euforia revolucionaria» y la adhesión al gobierno, junto a la denuncia de los excesos del peronismo que justificaron el movimiento cívico-militar de setiembre de 1955 y los objetivos de democratización.

El punto de fricción inicial fue la lectura que los partidos hicieron de la consigna «ni vencedores ni vencidos». Los nacionalistas y quienes detentaron la conducción del comité nacional de la UCR,⁴⁸ vieron en ella la declaración de una política de conciliación a la que más tarde se sumó una fracción del Partido Demócrata, liderada por Vicente Solano Lima. Mientras la mayor parte de los radicales disidentes y sus antiguos aliados de la Unión Democrática de 1946, denunciaron que ocultaba un proyecto nazi-fascista y peronista.

En general, el debate pasó casi exclusivamente por lo político y la adhesión al gobierno provisorio, incluso luego de la separación de Lonardi, pareció homogénea. Los únicos reparos y desavenencias provinieron de la aceptación del plan económico propuesto por Raúl Prebisch que fue visto con temor por casi todos los representantes de los partidos. Sólo una voz discordante tomaba distancia, la de la futura UCRI, que comenzó desde fines de 1955 a reclamar fechas concretas de un «plan político», lo cual significaba pedir plazos para las elecciones.

Hasta mediados de 1956 el discurso de los partidos se centró en el ataque al peronismo y en la búsqueda de la salida política que lo excluyera. A ello contribuía la noción generalizada de que el peronismo había sido una dictadura asentada en el fraude. Sostenían que ésta había logrado perpetuarse en el poder mediante la coacción, el engaño y el impresionante aparato propagandístico que «hipnotizó a las masas». Así se alimentó la ilusión antiperonista de que una buena campaña de educación democrática llevada a cabo desde el Estado y por los partidos lograría erradicarlo de los sectores populares. Fueron los socialistas, los demócrata-progresistas, los demócratas cristianos, gran parte de los radicales y de los demócratas, los que más fielmente se alinearon detrás del gobierno, otorgándole su voto de confianza. Ellos avalaron e inspiraron gran parte del pro-

⁴⁸ En este sentido es elocuente la declaración de Arturo Frondizi al ser reelecto como presidente del comité nacional de la UCR, donde entre otras cosas dijo, «(el radicalismo) quiere restablecer la hermandad y la paz entre los argentinos y de ninguna manera estamos inspirados en un propósito de revancha contra los que combatimos ayer», *La Nación*, 11/03/1956, p. 4.

yecto de desperonización y proclamaron el derecho y el deber de las autoridades emanadas de la «revolución legítima», para realizar todas las transformaciones que condujeran a un sistema político estable y democrático.

Desde mediados de 1956, los partidos se definieron más concretamente sobre los pasos a seguir en la preparación del camino a la salida electoral. El primero de mayo el presidente Aramburu anunció la intención del gobierno de convocar a elecciones para reformar la Constitución. Esto abrió la competencia partidaria y también el debate sobre la oportunidad de la misma y sobre el derecho del gobierno de facto para realizarla. Hubo así partidos reformistas y antirreformistas. El 9 de junio se produjo el confuso y fatídico episodio calificado de intento de golpe restaurador del general Valle, que dio lugar a la implantación de la pena de muerte; y el mismo día desde Santa Fe, el presidente anunció que habría elecciones generales en octubre de 1957.

Estos dos últimos acontecimientos simultáneos contribuyeron a terminar de perfilar los alineamientos políticos. Así, desde los sectores que sostuvieron inicialmente la conciliación, comenzó a dibujarse cada vez más claramente un discurso de solidaridad e intento de captación electoral del peronismo. Mientras que desde las filas de los pro-reformistas y desperonizadores más radicales, se produjo un abroquelamiento en torno al gobierno.

Más allá de las cuestiones que hicieron al diseño político futuro,⁴⁹ hubo tres temas centrales que se debatieron: la educación, el petróleo y las compañías extranjeras de electricidad. Las posiciones tomadas por los partidos en sus propuestas respecto de los mismos mostraron la vigencia de un conjunto de nociones compartidas sobre el orden económico y social deseable.

La educación pública fue inmediatamente modificada por el gobierno «libertador» en los aspectos que hicieron a la desperonización: libros, contenidos curriculares con connotaciones políticas, monumentos y cesantías de docentes peronistas en todos los niveles, lo cual tuvo un consenso unánime en el antiperonismo. El debate sobre la educación comenzó con la decisión gubernamental, apoyada por los partidos políticos, de volver a la vigencia la ley 1420 de educación común, laica, gratuita y obligatoria. Este tema que ya había estado sobre el tapete durante el último año del gobierno peronista, cuando se hizo valer precisamente la tradición laicista para quitar la educación católica de las escuelas públicas, volvió a reavivarse en un contexto político mucho más delicado. La Iglesia había jugado un rol central en la oposición al gobierno de Perón y en la puesta en marcha del movimiento triunfante en setiembre de 1955, y el laicismo la hería en su sensi-

⁴⁹ El debate sobre el orden político durante la «Revolución Libertadora», María Estela Spinelli (2001).

bilidad. Esta división tajante en el campo de sus aliados, dificultó la capacidad de maniobra del gobierno para expedirse en la materia. A ello debe sumarse la repercusión social que mostraba la magnitud del proceso de politización de los sectores medios juveniles, pues las manifestaciones y enfrentamientos estudiantiles entre laicistas y partidarios de la libre (preponderantemente católicos), fueron numerosos y violentos.

Mientras los socialistas, los demócratas progresistas y gran parte de la intransigencia radical se pronunciaron por el monopolio del Estado en materia educativa, los católicos argumentaron en favor de la enseñanza libre. En esta prédica fueron seguidos por los nacionalistas, los demócrata-cristianos, los conservadores en sus diversas vertientes y el naciente partido liberal de Álvaro Alzogaray. El empate que se produjo en torno a la discusión⁵⁰ de «la laica o la libre» condujo a una política pendular por parte del gobierno provisorio y también parecieron pendulares las posiciones de algunos dirigentes políticos, entre ellos Arturo Frondizi.

El otro gran problema que había que resolver era la política petrolera. Es bien sabido que una de las fundamentaciones del golpe de setiembre de 1955, sobre todo en el seno de las Fuerzas Armadas –pero que también «flotaba» dentro de la sociedad y particularmente de la clase política– era «el intento de Perón de «entregar» la Patagonia a través del contrato con la California Standard Oil». Muchos años de trabajo ideológico habían dado como resultado que en el sentido común de la política el petróleo fuera considerado la «llave» de la soberanía nacional. Por este motivo la participación de capitales privados, nacionales o extranjeros, en su exploración y explotación fue considerado mayoritariamente, poco más, poco menos, un pecado capital, como pudo verse en la Junta Consultiva Nacional cuando se discutió el Plan de Prebisch.

En este aspecto podría decirse que el discurso de los partidos fue homogéneo y preponderó un fuerte tono anti-imperialista. La única excepción clara fue la de Álvaro Alzogaray que, en larguísimas notas del diario *La Nación*, afirmaba que la salvación de la economía argentina estaba en la explotación petrolera y que ella debía encararse inmediatamente y a través del concurso de capitales privados, nacionales y extranjeros.⁵¹ En ellas reconoció los antecedentes de la política de Perón en la materia como un modo de comenzar a resolver la cuestión.

⁵⁰ Los artículos de Monseñor Gustavo Franceschi en la revista *Criterio*, a partir de enero de 1956, argumentaron a favor de la enseñanza libre y acusaron a los laicistas de antidemocráticos y estatizantes. Interesante contrapunto con estas argumentaciones puede verse en *La Vanguardia* desde su reaparición en octubre de 1955.

⁵¹ Un interesante análisis sobre esta cuestión y su relación con el proyecto desarrollista en Celia Szusterman (1998). Debe tenerse

en cuenta que esta excepción que mencionamos, en el plano de las ideas preponderantes en la sociedad fue absolutamente ínfima. Por otra parte, el peso político del ingeniero Alvaro Alzogaray que había sido secretario de Estado del segundo gobierno provisorio, no era en medida alguna comparable con el del Partido Cívico Independiente que fundara en la coyuntura. Las notas que mencionamos aparecieron en *La Nación* del 9 de marzo y del 8 de agosto de 1957.

La mayoría de los partidos se expidió respecto a la cuestión petrolera y llama la atención el nivel de acuerdo que presentan respecto a la prohibición de la participación de capital privado, nacional o extranjero, en la materia. Frondizi, por ejemplo, que se había convertido en su abanderado a partir de su oposición al célebre «contrato con la California», y de su ya citado *Petróleo y política*, hacía referencia en sus discursos de campaña a la necesidad de que el Estado fortaleciera económica y técnicamente a YPF para iniciar una agresiva política de explotación. En ello concordaba con sus adversarios de la UCRP, quienes propusieron incluir en la carta constitucional que la explotación, industrialización y comercialización del petróleo y demás fuentes de energía fueran monopolizadas por el Estado, insistían no sólo en el carácter «nacional», sino estatal de la explotación: anti-imperialismo y estatismo eran para entonces los dos principios directrices de la política en el tema petrolero.

El acuerdo anti-imperialista excedió a los dos radicalismos, ya que también la democracia progresista, el viejo partido de Lisandro de la Torre, expuso en su plataforma el principio de «reafirmar nuestro anti-imperialismo activo y absoluta independencia de influencias extrañas en la conducción de la política internacional argentina...».⁵² Principio que también resultaba válido para el Partido Comunista, que sistemáticamente denunciaba los planes imperialistas yanquis en América Latina. Y, obviamente, de él también participaron los diversos partidos nacionalistas surgidos en la coyuntura, Unión Federal, Unión Republicana y Azul y Blanco que mantuvieron todavía un tono más antibritánico. Constituyendo, por último, una de las líneas de fricción en el recientemente fundado Partido Demócrata Cristiano, entre los dirigentes provenientes del conservadorismo y los más modernos.⁵³

Sobre el fuerte consenso político del principio anti-imperialista, y particularmente de la noción de que el petróleo sólo podía ser explotado por el Estado, alertó en una carta Raúl Scalabrini Ortiz a Rogelio Frigerio. El 1º de abril de 1958, ya después del triunfo electoral de la UCRI, le escribió alarmado por el giro que el futuro gobierno pretendía en este tema. En ella le hacía «amargas prevenciones», según sus propias palabras, sobre su acercamiento a Alzogaray y sus planes de autoabastecimiento petrolero. Refiriéndose al futuro que les aguardaba, predecía: «En diputados hay una oposición numerosa que hará valer los principios nacionales y enrostrará a la bancada oficialista cualquier apariencia de abandono del programa común de la UCR y no olvide usted que el radicalismo –intransigente o unionista– es desde su nacimiento esencialmente antiyanqui

⁵² *La Nación*, 31/07/1957.

⁵³ Salvador Busacca (1958), p. 179 y ss.

y no perderá, por cierto, la ocasión de demostrar que en ese anti-imperialismo son los verdaderos continuadores de Yrigoyen. (...) No olvide usted que (...) la declaración de Avellaneda postulaba la nacionalización total del petróleo y de los servicios públicos sin discriminación de categoría». ⁵⁴ La realidad no tardaría en darle la razón a Scalabrini.

Más allá de la lectura que de la realidad política hiciera Scalabrini Ortiz en aquella carta, la fuerza y el amplio consenso del principio anti-imperialista en la política argentina se puso de manifiesto en diversas oportunidades. Para ello basta recorrer las plataformas de la mayoría de los partidos, los debates de la Convención Constituyente de 1957⁵⁵ y también las posiciones tomadas ante medidas coyunturales. Un ejemplo de ello pudo verse cuando el gobierno, inesperadamente, en vísperas de la elección de constituyentes, anunció la anulación de las concesiones a las compañías extranjeras de electricidad, CADE e Ítalo. La medida había sido sugerida tempranamente por los partidos al gobierno y el decreto dio lugar a múltiples manifestaciones, pero la adhesión de socialistas, radicales del pueblo, demócratas cristianos, los nacionalistas de Azul y Blanco y de Unión Federal, el curioso silencio de la UCRI (que ya en pleno plan de campaña electoral, calificó la medida de demagógica), y desde una posición contraria, el asombro de Alzogaray dan cuenta de este fenómeno. ⁵⁶

Dentro de este diagnóstico de los problemas del país, la vigencia de los ideales estatistas y anti-imperialistas de la política fue vista como un obstáculo para la elaboración de un programa dinamizador del capitalismo por el desarrollismo.⁵⁷ Rogelio Frigerio lo planteó desde el debate abierto por la revista *Qué*, en términos de una nueva antinomia, nacionalismo de medios, a sus ojos paralizante, era el que alentaban como principio ético los partidos políticos, y nacionalismo de fines que, sin prejuicios contra la participación del capital extranjero, atendía al «verdadero interés nacional» que era el desarrollo de la economía.⁵⁸ Ese sería el debate que desmembró al heterogéneo consenso político que llevó a Arturo Frondizi a la presidencia en 1958 y que había sido advertido en aquellas «amargas prevenciones», formuladas en el momento del triunfo, que arriba citáramos.

⁵⁴ Carta editada años más tarde por el *Centro de Estudios Nacionales*, del Movimiento de Integración y Desarrollo.

⁵⁵ Allí los representantes de los partidos compitieron por colocar las propuestas y principios de sus plataformas partidarias en la carta constitucional, llevando siempre la discusión a las reformas económico-sociales, lo que hizo naufragar la convención y frustrar la reforma.

⁵⁶ El decreto presidencial y las adhesiones de los partidos en *La Nación*, 24/07/1957.

⁵⁷ Años más tarde Emilio Perina se refirió a este rasgo propio de la cultura política argentina en un ensayo que tituló *La máquina de impedir* (1981).

⁵⁸ Rogelio Frigerio (1960) y (1963).

Conclusiones

El análisis de las fuentes que hemos seleccionado para indagar el clima de ideas dominante en los años de la «libertadora» da cuenta de algunos rasgos en los que la historiografía no había reparado mayormente.

El clima ideológico-político estuvo caracterizado por una polémica política que se centró en el problema de la ruptura peronismo-antiperonismo, presente en el tratamiento del nuevo orden político que se intentaba construir. Esto planteó dos soluciones alternativas: excluir al peronismo del juego político legal, trabajando a partir de distintos medios coactivos y coercitivos para su erradicación de la cultura política argentina; o cooptar al peronismo desde otro partido o conjunto de partidos, que implicaba cierto grado de compromiso y aproximación al mismo.

¿Por qué fue posible el triunfo de la alternativa de cooptación? Responder a esta pregunta remite al campo más complejo del conjunto de las ideas preponderantes. En él se fue delineando cada vez más nítidamente un problema que se apartaba del análisis político inmediato y se centraba en el enfoque global de la estructura económico-social contemplado históricamente. Esto condujo a detectar «enemigos» u obstáculos en el desarrollo histórico que fueron comunes a la derecha nacionalista, a la izquierda que empezaba a revisar su enfoque del pasado, al radicalismo y a los que también el peronismo había incorporado a su discurso. Así aparecían el imperialismo, la oligarquía y el liberalismo como herramienta ideológica de dominación de los dos primeros y de ocultamiento de los «verdaderos» intereses nacionales.

Esta visión común de los problemas que habían signado la frustración de la Argentina se fue construyendo paulatinamente y bebió en tres campos ideológico-culturales: en el pensamiento de los nacionalistas, en la tradición del reformismo universitario y en el marxismo. Esta confluencia no fue original, en sentido pleno, del período que hemos tratado, como tampoco lo fue el fenómeno de la ruptura peronismo-antiperonismo (antinomía surgida en los orígenes del primero). Para ello basta revisar el discurso mayoritario de la oposición que, entre otras cosas, fue esencialmente anti-imperialista, como parcialmente hemos mostrado. Lo original de esta constelación de ideas en la coyuntura fue el hecho de que, una vez desalojado el peronismo del poder, sirvió de nexo para articular una nueva alianza política que pretendió superar el fenómeno de ruptura.

La capacidad movilizadora de estas ideas-fuerza, operada en principio desde la UCRI, se opuso con éxito a la de democracia política que pretendió imponer como principio rector el discurso oficial. En tanto que este último concebía el problema de la democracia como la cuestión central, y por lo tanto, a la erradicación del

totalitarismo peronista como la tarea crucial, sus opositores, consideraban que el problema argentino no era sólo político sino estructural. Este derivaba del poder económico y político de la oligarquía y de la existencia de un proyecto de dominación del imperialismo (caracterización esta última de los problemas argentinos sobre la que el consenso era quizás menor al aparente, sobre todo en los grupos de conducción). La posición del gobierno, al limitarse trabajosamente a garantizar la vigencia de un orden político liberal, fue percibida por amplios sectores que adherían a esta visión estructuralista de la realidad, como una manifestación de complicidad con los intereses oligárquico-imperialistas.

Bibliografía

- AMARAL, SAMUEL y PLOTKIN, MARIANO B. (1993): *Perón. Del exilio al poder*, Buenos Aires, Cántaro.
- BARBERO, MARÍA INÉS y DEVOTO, FERNANDO (1983): *Los nacionalistas*, Buenos Aires, CEAL.
- BUSACCA, SAVADOR (1958): *La democracia cristiana en busca del país*, Buenos Aires, Democrist.
- CAVAROZZI, MARCELO (1984): *Sindicatos y política en la Argentina*, Buenos Aires, CEDES.
- CAVAROZZI, MARCELO (1983): *Autoritarismo y Democracia (1955-1983)*, Buenos Aires, CEAL.
- DEL CARRIL, BONIFACIO (1959): *Crónica interna de la Revolución Libertadora*, Buenos Aires.
- DEVOTO, FERNANDO (2002): *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina Moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- DEVOTO, FERNANDO (comp.) (1994): *La Historiografía Argentina en el siglo XX (III)*, Buenos Aires, CEAL.
- FRIGERIO, ROGELIO (1961): *Las condiciones de la victoria*, Buenos Aires, Actualidad.
- FRIGERIO, ROGELIO (1983): *Crecimiento económico y democracia*, Buenos Aires, Paidós.
- GARCÍA, EDUARDO AGUSTÍN (1971): *Yo fui testigo. Antes, durante y después de la Segunda Tiranía*, Buenos Aires.
- JAMES, DANIEL (1990): *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana.
- LONARDI, LUIS ERNESTO (1958): *Dios es justo*, Buenos Aires, Colombo.
- KVATERNIK, EUGENIO (1978): «Sobre partidos y democracia en la Argentina entre 1955 y 1966», en: *Desarrollo Económico*, N° 71, Buenos Aires, IDES.
- MELÓN PIRRO, JULIO (1993): «La resistencia peronista. Alcances y significados», en: *Anuario IEHS*, N° 8, Tandil, UNCPBA.
- MELÓN PIRRO, JULIO (1997): «La prensa nacionalista y el peronismo, 1955-58», en: Bianchi, Susana y Spinelli, María Estela (comps.): *Actores, ideas y proyectos políticos en la Argentina contemporánea*, Tandil, IEHS, UNCPBA.
- MELÓN PIRRO, JULIO (1998): *El peronismo proscripto 1955-1957*, Tesis de Maestría, Universidad Nacional de Mar del Plata (liné-dita).
- MONTEMAYOR, MARIANO (1963): *Claves para entender a un gobierno*, Buenos Aires, Concordia.
- NAVARRO GERASSI, MARISA (1968): *Los Nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez.
- NEIBURG, FEDERICO (1998): *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Ariel.
- PERINA, EMILIO (1960): *Detrás de la crisis*, Buenos Aires, Periplo.
- PRIETO, RAMÓN (1964): *El Pacto. Ocho años después*, Buenos Aires, En marcha.
- ROCK, DAVID (1993): *La Argentina autoritaria*, Buenos Aires, Ariel.
- ROUQUIÉ, ALAIN (1967): *Radicales y desarrollistas*, Buenos Aires, Schapiro, 1975.
- ROUQUIÉ, ALAIN (1982): *Poder militar y sociedad política en la Argentina (1943-1973)*, Buenos Aires.
- SÁNCHEZ SORONDO, MARCELO (2001): *Memorias. Conversaciones con Carlos Payá*, Buenos Aires, Sudamericana.
- SIGAL, SILVIA (1991): *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur.

SMULOVITZ, CATALINA (1991): «En búsqueda de la fórmula perdida», en: *Desarrollo Económico*, N° 121, Buenos Aires, IDES.

SPINELLI, MARÍA ESTELA (1997): «El debate sobre la desperonización. Imágenes del peronismo en los ensayos políticos antiperonistas, 1955-1958», en: Bianchi, Susana y Spinelli María Estela (comps.), op. cit.

SPINELLI, MARÍA ESTELA (2001): «El debate sobre el orden político durante los primeros gobiernos antiperonistas, 1955-1958», en: *Anuario IEHS*, N° 16, Tandil, UNCPBA.

SVAMPA, MARISELLA (1995): *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo histórico peronista*, Buenos Aires, El cielo por asalto.

SZUSTERMAN, CELIA (1998): *Frondizi. La política del desconcierto*, Buenos Aires, Emecé.

TERÁN, OSCAR (1986): *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos.

TERÁN, OSCAR (1991): *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur.

TORRE, JUAN CARLOS y SENÉN GONZÁLEZ, SANTIAGO (1969): *Política y sindicatos. Los sesenta días de Lonardi*, Buenos Aires, Galerna.

WILLIAMS, RAYMOND (1980): *Marxismo y Literatura*, Barcelona, Península.

ZANATTA, LORIS (1996): *Del Estado Liberal a la Nación católica. Iglesia y Estado en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes.

ZULETA ALVAREZ, ENRIQUE (1969): *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla.

Registro bibliográfico

SPINELLI, MARÍA ESTELA

«Ideas fuerza en el debate político durante los años de la «Liberadora», 1955-1958», ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, Año XIII, N° 24, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre 2003 (pp. 61-88).

Descriptor · Describers

clima de ideas 1955-1958 / partidos políticos / debate / prensa / ensayos políticos / anti-imperialismo / estatismo.
Ideological climate 1955-58 / political parties / debate / press / political essays / anti-imperialism / statism.